

SILENCIO Y SENTIDO *

Silvia Molina y Vedia

También lo que no es hablado tiene significado. Sería banal esta afirmación si sólo indicase en la dirección de lo no-dicho entendido como implícito: aquello que no se dice pero que hace necesariamente parte de lo que es dicho (cf. Ducrot, 1972).

En mis reflexiones me he dedicado a comprender otra variante de lo no-dicho: la del silencio. Ésta se origina en el hecho de que el lenguaje es política¹ y en que todo poder se acompaña de silencio en su trabajo simbólico. Esto es lo que llamo "política del silencio", que además (alias) se subdivide en dos formas de ejercicio de la significación:

- a) El silencio constructivo, o sea, la parte de sentido que necesariamente se sacrifica, se apaga² en el decir. Toda palabra silencia necesariamente. La actividad de nombrar es bien ilustrativa: toda denominación circunscribe el sentido de lo nominado, rechazando hacia el no-sentido todo lo que no está dicho en él;
- b) El silencio local: del tipo de censura y similares; ese silencio es el que es producido para prohibir la circulación de algunos sentidos; por ejemplo, una forma de régimen político, un grupo social determinado de una forma de sociedad específica, etcétera.

Nosotros nos hemos dedicado al estudio de las distintas formas de silencio y de silenciamiento, ya que partimos del presupuesto de que así como el lenguaje, el silencio no es transparente y tiene múltiples significaciones (Orlandi, 1985, 1988, 1989). En esa perspectiva histórica de nuestro análisis discursivo, de los discursos sobre el Brasil —o lo que es lo mismo, análisis de la produc-

*Este texto es capítulo de la obra *Tierra a la vista. Discurso de la confrontación: Viejo y Nuevo Mundo* de Eni Pulcinelli Orlandi, Sao Paulo, Brasil, Cortes Editora, 1990. La traducción la realizó Silvia Molina y Vedia, con la autorización de la autora.

¹ El lenguaje es política, porque el sentido siempre tiene una dirección, está siempre dividido.

² La autora hace referencia en varias ocasiones a los términos apagar o apagamiento. No se pueden reemplazar por otros en español. No se refieren al oscurecimiento, sino a la imagen de apagar una computadora. La computadora se apaga, pero la información permanece en ella, eso es lo que la autora quiere significar (nota de la traductora).

ción de dos diferentes sentidos de Brasilidad—, el silencio se nos presentó como núcleo de la determinación histórica de esos procesos de significación que estamos procurando detectar.³

El discurso sobre Brasil determina el lugar del que deben hablar los brasileños o no se les da voz, sean los nativos habitantes (los indios), sean los que se van formando a lo largo de nuestra historia. El brasileño no habla, es hablado. Y tanto existe un silencio sobre él, como él mismo significa silenciosamente, sin que los sentidos producidos por esas formas de silencio sean menos determinantes que las palabras "positivas" que se hacen oír categóricamente.

Pero como el silencio no habla, no es posible traducirlo en palabras. De este modo, en nuestro trabajo, son los mecanismos mismos de funcionamiento de los diferentes procesos de significación los que muestran el silencio (que los constituye) que procuramos explicitar. Vale decir que el silencio al que nos referimos no es visto en su "negatividad". El silencio es. Hay historia del silencio porque hay sentido en el silencio.

Los brasileños no hablamos en el discurso del descubrimiento, pero hacemos que otros hablen por nosotros; y también cuando no lo hacemos, lo que existe no está vacío, hay silencio que significa en el contexto en el que se produce. Podemos así distinguir tres formas de silencio (Orlandi, 1989):

- a) El silencio fundador;
- b) El silencio constitutivo;
- c) El silencio local.

Estos dos últimos son parte de los que llamamos *política del silencio*, ya que imprimen un recorte (entre lo dicho y lo no dicho) en su modo de significar, inscribiéndose por lo tanto en el dominio del poder decir. El silencio fundador no recorta: significa en sí. Y es éste, al final, el que determina la política del silencio: es porque significa en sí que "no decir" crea sentido y crea un sentido determinado. Por tanto, el silencio fundador es el que sustenta el principio de que el lenguaje es política.

En la perspectiva de nuestro trabajo importa menos saber lo que quedó silenciado, y más la propia política de la palabra: ¿Qué "x" se dice para no decir "y"? ¿Cómo ese "y" silenciado acaba por significar algo a lo largo de las diferentes hablas y de sus apagamientos?

³ La autora se refiere al discurso de la confrontación entre el Viejo y el Nuevo Mundo (nota de la traductora).

El silencio del nombrar hace intervenir el "interdiscurso" de otro (el europeo) haciéndonos significar (querámo o no) en la historia de "sus" sentidos.

De esta forma éste interviene en el juego de la memoria: el brasileño, para significar, tiene como memoria (dominio del saber) lo ya dicho europeo. Esa es la "heterogeneidad" que se le pega desde su origen. Su habla es hablada por la memoria del otro (europeo).

Es en el cruce de la verticalidad del anunciado —constituido allá afuera y en el que la historia distribuye lo ya dicho— con la horizontalidad del enunciado (formulación de sus sentidos) que interviene lo "nativo", presentificando⁴ sentidos. Es ahí, en ese cruce, que situamos nuestro trabajo de análisis.

Esta manera de considerar tal relación de discursos nos lleva a dos situaciones:

- a) Por un lado se "explota" el otro discurso (en su homogeneidad), mostrando que "en ese" discurso hay otros discursos;
- b) Se retorna al lugar (risco) que es la marca de nacimiento: el habla del brasileño cuando (pega) para el discurso del descubrimiento, lo reduce al discurso de lo mismo.

La tensión y la convivencia con esas dos formas de relación del sentido están presentes en todos los textos que analizamos.

El silencio trabaja los límites de las diferentes formas discursivas: o sea, que el juego del decir está regido por las relaciones entre las diferentes formaciones discursivas. Cada formación define "lo que puede y debe ser dicho en una coyuntura dada a partir de una cierta posición del sujeto" (Fuchs, Pecheux, 1975).

Relativamente la política del silencio —y en consecuencia, el poder decir— es un juego entre las formas discursivas que opera como una retórica de lo antiimplícito; o sea, se dice "x" para silenciar "y", siendo éste —como ya dijimos— un sentido indeseable, descartado, que se inscribiría en "otra" formación discursiva. El "y" representa entonces lo no dicho necesariamente excluido de lo dicho.

De esta manera se apagan los sentidos que se quieren evitar, sentidos que podrían hacer funcionar el trabajo significativo de otra formación discursiva.

⁴ Aunque el término parezca extraño, significa haciendo presente o trayendo al presente (nota de la traductora).

Ese silencio trabaja los límites de las formas discursivas, determinando consecuentemente los márgenes del decir. Y esto en dos niveles:

1. La política del silencio en general: lo que es preciso no decir para poder decir (por ejemplo, mecanismo de nominación: si digo "salvaje" refiriéndome al indio, no puedo decirle también "ciudadano").
2. Aquello que de lo decible (esto es, de lo que está determinado sociohistóricamente como tal) está prohibido decir por la censura (no se puede hablar de una dictadura en una dictadura).

Dicho de otra forma, el mecanismo del silenciamiento es un proceso de contención de sentidos y de asfixia del sujeto, porque es un modo de no permitir que el sujeto circule por las diferentes formaciones de sentido, por su juego. Como el apagamiento de los sentidos tiene zonas de sentido, hay posiciones del sujeto que él no puede ocupar, que le son vedadas.

En el caso del discurso de la colonización, el sujeto colonizado no puede ocupar las posiciones discursivas (con sus estatutos y sentidos) que el conquistador ocupa. Más aún, es a partir de las posiciones del colonizador que son proyectadas las posiciones posibles (e imposibles) del colonizado. Su decir está así predeterminado por la posición del colonizador.

Pero si de un lado el silencio sirve para poner en funcionamiento el apagamiento de los sentidos, sirve también para producir la resistencia. En una palabra (la del colonizador): ya ven que el otro no puede hablar; y así conseguimos, a través de explicitaciones de esos procesos de significación, traer al juego del lenguaje lo que está "silenciado". Para esto es preciso observar siempre: ¿Qué es lo que el colonizador *no* está diciendo cuando esta diciendo "x"?

Y es ese procedimiento el que nos condujo a una comprensión de la discursividad que fue objeto de nuestro análisis. Este aspecto también compone lo que llamamos *historicidad del texto*.